

INSTRUCCION PARA LA MUJER

D
479

REVISTA QUINCENAL

DIRIGIDA POR

DON CÉSAR DE EGUÍLAZ

Secretario de las Escuelas Normales Centrales de Maestros y Maestras, y de la Asociación para la enseñanza de la mujer, de que es órgano oficial esta publicación.

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN PEDAGÓGICA

PRIMER AÑO.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DIEGO G. NAVARRO Y COMPAÑIA

Calle del Barco, número 20, bajo.

1883

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

AL PÚBLICO.

Hace tiempo que veníamos acariciando la idea de fundar una Revista consagrada á contribuir á la mayor cultura de la mujer: nuestros propósitos, ya desde este instante en principio de realizacion, á ese fin van encaminados.

Tarea es la que emprendemos de difícil desempeño, y hubiéramos desistido seguramente de llevarla á cabo, si nuestro pensamiento no hubiera sido acogido favorablemente y apoyado hasta con entusiasmo por personas doctas, que han venido en nuestra ayuda y nos han animado á realizarlo.

El primer número de la INSTRUCCION PARA LA MUJER, que hoy sometemos al exámen y consideracion del público ilustrado, dará una cabal idea de lo que ha de ser nuestra Revista, á la cual consagraremos toda nuestra atencion y todos nuestros esfuerzos, á fin de que llene cumplidamente su objeto, que no es otro que el de dirigir por anchos y seguros derroteros la educacion moral, intelectual y artística de la mujer.

Artículos científicos y literarios discretamente combinados y que encierren verdades y doctrinas propias para alimentar con sano fruto el entendimiento de nuestras lectoras; composiciones poéticas de mérito indudable; revistas extranjeras en que se dé cuenta de todos aquellos adelantos de utilidad reconocida para la mujer, y toda clase de noticias de interés verdadero para la misma, tendrán cabida en nuestra publicacion, en la cual podemos asegurar que

tomarán parte profesores distinguidos, reputados escritores y aventajadas profesoras é institutrices.

Terminaremos estas cuatro palabras diciendo que nuestra Revista ha sido declarada órgano de la ASOCIACION PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER, y que con este carácter publicará tambien en sus columnas la parte que podemos llamar oficial de dicha Institucion.

CÉSAR DE EGÚILAZ.

LA INSTRUCCION DE LA MUJER

LA EDUCACION DEL HOMBRE.

Nadie pondrá en duda que la obra de procurar instruccion á la mujer es una obra útil y buena.

Es buena, porque si la verdad y la justicia son el alimento del alma, como decía Fenelon, la mujer tiene derecho á que no se la prive de él; ella, como el hombre, está dotada de energías y necesidades intelectuales que piden desarrollo y satisfaccion, cosas que sólo puede proporcionarle la educacion y la enseñanza, y sin las que es imposible que cumpla su destino racional en la tierra. Por fortuna va siendo cada dia ménos necesario insistir en este punto, pues ya ha comenzado á ceder la preocupacion que llevaba á muchos á considerar la mujer como extraña á este órden de la actividad, lo cual vale tanto como estimar su naturaleza distinta de la del varon. Parece excusado decir que nada más distante de nuestro ánimo que el propósito de hacer de aquélla una *culti-lati-ni-parla*. Este tipo lo mismo se encuentra en

el sexo masculino que en el femenino. Entre los varones tambien los hay bachilleres y parlanchines; tambien los hay que se apresuran, cuando toman una taza de té, á decirnos de dónde procede éste, cómo y cuándo vino á Europa, y, si uno dice que ha estado en Guadalajara, aprovechan la ocasion para revelarnos las palabras árabes de que se compone el nombre de esta ciudad. Pues de igual modo rechazamos la mujer marisabidilla: lo que queremos es la mujer culta. La que lo sea no tendrá, salvas honrosas y contadas excepciones, ocasion de mostrarlo de una vez, por decirlo así, como la halla el hombre en la tribuna, la cátedra, el libro ó el periódico; pero la tendrá constantemente en la conversacion y en el seno de la familia. De la cultura de un varon se puede formar juicio oyéndole un discurso; de la de la mujer discreta, al cabo de cierto tiempo de cultivar su trato; aquél muestra lo que sabe como de golpe y vaciándolo en una sola ocasion; ésta suavemente y por partes, así como al descuido y sin darse cuenta de ello. En fin, la mujer culta es la mujer completa en este respecto; la marisabidilla es su caricatura.

Es útil la obra de la instruccion de la mujer, porque la vida social es un inmenso organismo, cuyas partes se corresponden é influyen, y por lo mismo, procurar instruccion á la mujer, es poner en sus manos una palanca poderosa para que contribuya á la educacion general, y mejorar la educacion, ha dicho Leibruitz, es mejorar el linaje humano. Quizás alguien lo dude y encuentre desproporcion entre la causa y el efecto; pero así como hay quien no ve más agua que la que corre por los anchurosos rios y se agita en la inmensidad de los mares, olvidando la que, brotando de fuentes y manantiales, ocultos en la espesura de los montes, corre por hilos imperceptibles, escondidos bajo la yerba, para ir á formar los arroyos, y sin embargo, estos son los que forman los rios que van á desembocar en el mar; de igual modo, algunos contemplan tan solo los hechos sociales de más bulto que acaecen en la vida humana, sin reparar en los múltiples y varios que desde lejos y desde todas partes vienen preparándolos. Los efectos de causas constantes, pero lentas, como la educacion, no son tan visibles y materiales como los que producen una guerra ó una revolucion; pero son más seguros y más hondos. Por esto es deber de todos trabajar con fé inquebrantable en esta obra, aunque no nos

toque recoger todo el fruto de nuestros esfuerzos; así como poner de manifiesto la utilidad de aquélla, para que cesen las preocupaciones que la dificultan, vengan todos en nuestra ayuda y se acelere el impulso dado tanto cuanto racionalmente podemos prometernos.

Bajo distintos puntos de vista cabe considerar esta utilidad. Nos proponemos hoy tratar tan sólo de la *importancia de la instruccion de la mujer para la educacion del hombre*; tema que comprende dos partes muy distintas, tanto, que la una, por lo clara y evidente, no vale la pena de hablar de ella, mientras que la otra acaso suscite, no sólo dudas, sino sorpresa en el ánimo de algunos. En efecto: nadie puede desconocer la manifiesta verdad del tema respecto de la educacion del niño; pero quizás hay quien no la halla tan clara respecto del hombre. Por esto nos proponemos ocuparnos con preferencia en esta segunda parte.

Ante todo, comencemos por precisar los términos de la cuestion, esto es, por fijar el sentido propio en que deben tomarse los vocablos *instruccion* y *educacion* y tambien el de *enseñanza*, para evitar la confusion á que conduce el considerarlos como sinónimos, segun se hace á veces por algunos. La *educacion* tiene por objeto el desarrollo de las facultades y energias de nuestra naturaleza, en debida proporcion y segun sus propias leyes, á fin de que lleguen al más alto punto de actividad armónica. De aquí se deducen dos consecuencias: primera, que la educacion alcanza á todos los elementos de nuestra naturaleza, y por eso hay una educacion corporal, la que se procura, por ejemplo, por la gimnástica; una educacion científica, que tiene por objeto el desenvolvimiento de la inteligencia; una educacion artística ó estética, que hace lo propio con el sentimiento, y una educacion moral que guia y dirige la voluntad; y segunda, que siendo permanente el ejercicio de nuestras facultades, así como el deber que tenemos de encaminarlas de modo que nos sirvan para el mejor cumplimiento de nuestro fin providencial, lejos de ser la educacion asunto propio tan sólo de una determinada época de nuestra existencia, ella dura tanto como la vida; y si se desconoce por algunos esta verdad, es porque no ven otro género de educacion que la directa que debemos á maestros, profesores y pedagogos, y olvidan la lenta, suave y constante que debemos á la conversacion, al trato, á la vida social.

La *instruccion* se diferencia de la educacion en que se refiere directamente al órden intelectual, y en que mientras ésta hace relacion á las facultades mismas, aquélla expresa lo que ha de servir de alimento á un grupo de ellas, en cuanto nos procura la cultura en la esfera del conocimiento. Por esto se educa el sentimiento, la voluntad y la inteligencia; pero la instruccion sólo á ésta se dirige.

La *enseñanza* participa de los caracteres de la educacion y de la instruccion, y es como un compuesto de ambas, en cuanto el que enseña, á la par educa é instruye. De aquí que en todos los grados de aquélla se dan estos dos elementos, aunque predominando ya uno, ya otro, segun el período de que se trate; y por esto se ha dicho, no sin razon: al niño se le *educa*; al jóven se le *enseña*; al hombre adulto se le *instruye*; porque es lo más importante, en el primero, el desarrollar sus facultades; en el segundo, continuar esto mismo, pero dándole á la par elementos de cultura; en el tercero, esto último en primer término; pero siempre, nótese bien, entran uno y otro elemento, consistiendo tan sólo la diferencia en que ya se equilibran, ya predomina uno de ellos.

Fijado el sentido de estos tres términos, veamos la importancia de la *instruccion* de la mujer para la *educacion* del hombre.

Muchos son los aspectos bajo los cuales puede estudiarse este punto; mas hay entre ellos tres que, por tener un interés culminante, son los que vamos á examinar: la mujer consagrada á la enseñanza, la mujer en el seno de la familia, y la mujer en la vida comun social.

La mujer consagrada á la enseñanza, maestra, profesora ó institutriz, há menester de la instruccion, por la razon poderosa y evidente de que necesita saber *lo que* ha de enseñar y *cómo* lo ha de enseñar. Cierto que hay diferencias, segun la edad, el sexo y demás condiciones de los alumnos puestos á su cuidado y el género de educacion que se pretenda darles. En muy distinto caso se encuentra la profesora de quien recibe una señorita una ó dos lecciones de música por semana, que la maestra que toma á su cargo dirigir diariamente durante años la educacion de un niño, y en otro diverso la institutriz que ocupa en cierto modo un lugar intermedio entre aquélla y la madre. Pero de todas suertes, necesita conocer el contenido de la enseñanza y el procedimiento para comunicarla y hacerla fructuosa, y am-

bas cosas se las suministra la instruccion: la primera, porque en el estudio de las distintas ciencias aprenderá lo que habrá de enseñar á las alumnas; la segunda, porque el objeto de una de aquéllas, la pedagogía, es precisamente investigar los medios que conducen mejor á la realizacion de los fines que con la educacion y enseñanza nos proponemos. Y hay una circunstancia que hace que sea más imperiosa esta necesidad en los momentos actuales, y es la revolucion que están experimentando á nuestra vista los métodos pedagógicos, puesto que si por una parte exigen éstos al presente una cultura general mayor que la que ántes era precisa, á fin de iniciar á los niños en el conocimiento directo de los varios objetos de la realidad, de otra han adquirido tal importancia, que no hay ya quien desconozca el lugar preferente que entre la ciencia ocupa la pedagogía. Así, por ejemplo, la institutriz que tiene á su cargo la educacion y enseñanza de un niño, no podrá llenar su cometido si carece de esa instruccion. Si la tiene en ciencias naturales, le será dado inspirar á su educando el respeto á la Naturaleza, y consiguientemente á las plantas y á los animales, para que nunca ponga aquélla al servicio de sus caprichos. Si la tiene en artes y literatura, podrá educar su sentimiento artístico, iniciar en él la formacion del buen gusto y encaminar su espíritu hácia los eternos ideales de la belleza. Si la tiene en las ciencias morales, hallará, por ejemplo, en la que estudia el hombre, la base de la pedagogía y el conocimiento de todas las energías cuyo desarrollo armónico le cumple desenvolver; en la historia, en la llamada con razon *maestra de la vida*, un arsenal abundante de hechos y ejemplos, muchos de los cuales puede utilizar para la realizacion de su propósito, y en la moral, la guia para despertar y robustecer en el alumno el sentimiento del bien y la enérgica conciencia del deber. Por último, si la tiene en la pedagogía, que es la primera para ella, en la pedagogía, utilizará todas sus enseñanzas, y no correrá el riesgo de ver malogrados sus esfuerzos y aún el más grave de atrofiar ó torcer las fuerzas y energías cuyo desarrollo armónico y completo es su deber procurar.

(Concluirá.)

G. DE AZCÁRATE.

DE LA MUJER

COMO PRIMERA EDUCADORA DEL HOMBRE.

Dios, la naturaleza y la sociedad imponen á los padres el deber santo é ineludible de educar á sus hijos.

Pero cuando los niños se hallan en el feliz período del candor y de la inocencia, en esa como bellísima alborada de la vida á que se da el nombre de infancia, el deber de la educacion se refiere más á la madre que al padre. La mujer absorbe en este caso, por ministerio de la naturaleza, las funciones más activas, más importantes y más delicadas de la educacion de sus hijos.

De aquí que no falte razon al que dijo que las madres son las educadoras del género humano.

Son, por lo ménos, las que imprimen al hombre su direccion inicial, por lo mismo que son los primeros y principales factores de la educacion de la infancia.

Porque, como ha dicho un ilustre pensador, gran devoto de la educacion, lo que la madre despierta y cultiva en la naturaleza del niño, mediante juegos amorosos y alegres cantos, bajo las alas protectoras de su tierno amor, vivirá en sus hijos muchas generaciones.

Las madres son las que nos despiertan nuestros primeros sentimientos y nuestras primeras ideas; las que mejor y más pronto conocen el carácter y el génio de sus hijos; las primeras en descubrir la vocacion de éstos; las más diligentes en celebrarla y en sostenernos en ella; las que con más amor nos consuelan, nos fortifican y nos animan. Añadamos con De Maistre, que seria siempre un grave mal que lo que se llama hombre, es decir, el hombre moral, no se formase sobre las rodillas de su madre.

Y si esto es así, considérese cuanto no podrá hacer en beneficio de sus hijos, una madre que se halle bien instruida y bien penetrada respecto de lo que exige una buena educacion.

Un autor moderno, que ha consagrado á este interesante asunto un excelente libro, cuyo título es por sí sólo una verdadera apoteosis de las madres de familia, (1) opina co-

mo nosotros, que éstas son las verdaderas encargadas de la educacion de la infancia. Oigámoslo:

«Sigamos, pues,—dice—las leyes de la naturaleza, la cual no nos entrega al nacer ni al cuidado de un pedagogo, ni á la custodia de un filósofo; sino que nos confia al amor y las caricias de una tierna madre, rodeando nuestra cuna de las formas más graciosas y de los sonidos más armoniosos; pues la voz de la mujer, tan dulce en sí misma, se dulcifica más todavía para la infancia. En fin, cuanto hay de encantador sobre la tierra, lo prodiga la naturaleza, en su solicitud, á nuestra primera edad: para reposarnos, el seno de una madre; su dulce mirada para guiarnos, y su ternura para instruirnos!»

Tiene razon que le sobra nuestro autor al sostener luego que las madres son las verdaderas directoras, las gobernadoras por excelencia de la infancia, y que al aparecer en la educacion del niño la intervencion del hombre, se rompe la cadena de amor en que tan dulcemente nos encontramos aprisionados, bajo la cariñosa vigilancia de una madre, durante el alborear de la vida.

Nuestro autor se refiere en esta última parte de su proposicion al maestro. Pero hay más que decir con respecto á los padres.

Por muy devotos que los supongamos de la educacion de sus hijos (y no fuera más lo que este género de devocion se generalizase y arraigara algo más), nunca el hombre podrá reemplazar bien á su compañera en semejante tarea, por lo que respecta á la infancia. Requiere este primer período de la niñez cuidados de tal naturaleza, que sólo la tierna, previsora y constante solicitud de una madre sabe y puede dispensarlos debidamente. Tengamos presente que los padres no pueden estar al lado de sus hijos todas las horas que las madres, lo cual es ya una ventaja en favor de éstas.

Por su constitucion fisiológica como por sus condiciones psicológicas y aún sociales, parece nacida la mujer para velar por la infancia y dirigir nuestros primeros pasos en la senda de la vida: la facilidad de comprension respecto de cuanto á sus hijos se refiere, así como esa delicadeza de sentimiento de que se halla dotada, le allanan sobremanera el desempeño de aquel augusto y dulce ministerio.

Recordemos lo que á propósito de esto dice un norte-americano, experimentado en estos asuntos, puesto que hace años desem-

(1) El título del libro á que nos referimos es esto: *Educacion de las madres de familia ó de la educacion del género humano por las mujeres.*

peña el cargo de Superintendente de escuelas en uno de los Estados de la Union:

«La elevacion de espíritu de las mujeres —dice Rice— se comunica naturalmente á los alumnos que están todos los dias en relacion con ellas: bondadosas, dulces y puras hacen á los niños como ellas puros, dulces y bondadosos. La mujer, mucho más penetrante que el hombre, conoce mejor que éste el corazón humano y en especial el de los niños, á los que mantiene en el deber por el afecto, mejor que lo hacen los maestros con sus reglamentaciones y sus sistemas de represion. Sus tiernas amonestaciones producen más efecto que las amenazas y la fria lógica de aquéllos.»

Esto lo dice M. Rice de la mujer educando á niños extraños: ¿no podría decirse con más razon de la madre que educa á sus propios hijos?

Preciso es convenir que en su misma manera de sér, en lo que pudiera llamarse la idiosincrasia de su sexo, halla la mujer multitud de felices y eficaces recursos que le facilitan á maravilla la difícil empresa de educar á los niños y en ellos á los hombres.

Estos recursos se basan en el afecto, el amor y la ternura,—pero en la ternura, el amor y el afecto á la manera que se dan en la mujer,—y se originan de un instinto poderoso y nobilísimo que desde niñas manifiestan las mujeres, como si fuera un nuevo, delicado y providencial sentido con que la naturaleza las ha dotado, y al que podría llamarse con cierta propiedad *sentido materno*.

Menester es siquiera poseer este sentido ó instinto, ya que no hallarse en pleno ejercicio de las funciones maternales, para dirigir convenientemente la educacion de la infancia.

Por esto y porque semejante tarea impone ocupaciones y cuidados que tan propios como parecen en la mujer tanto desdican del carácter del hombre, parece chocante que haya tantas escuelas de párvulos como hay, servidas por individuos del sexo fuerte.

Mas esto no es ahora del caso. La tesis que sostenemos y sobre la que debemos insistir, pues que en ella se funda la conclusion tras de que vamos en el presente trabajo, es esta: á las madres de familia corresponde plenamente y de hecho y de derecho la educacion de sus hijos durante la infancia.

Es un deber sagrado é imperioso que tienen y al cual no pueden sustraerse sin ha-

cerse reos de lesa maternidad, sin incurrir en gran responsabilidad ante Dios, ante la naturaleza, ante la sociedad y ante su propio corazón, que anhela siempre lo mejor y lo más bueno para esos seres á que con orgullo y profunda conviccion llaman las madres *pedazos de sus entrañas*.

Es conspirar contra la felicidad de los niños, que es la felicidad de sus madres, no educarlos ó educarlos mal.

Por lo mismo es incomprendible que á sabiendas abandonen ó desatiendan algunas madres la educacion de sus hijos. Las que tal hacen son excepciones desdichadas que no deben tenerse en cuenta.

Es verdad, por desgracia, que hay madres que olvidan por completo ó descuidan en gran parte este sagrado deber de la educacion. Pero añadamos en disculpa de tan venerable clase, que en su inmensa mayoría proceden sin tener conciencia de lo que hacen. Es más; en la comision de tan grave falta nos toca á los hombres no pequeña parte de culpa.

—¿Por qué?—preguntará algun lector curioso, si por ventura lo tuvieren estos mal perjeñados renglones.

Porque los hombres, que hablamos todos los dias á las mujeres de sus deberes, nos preocupamos lo ménos posible de darlas los medios para que puedan llenarlos; porque hablamos mucho de la educacion materna y parece como que ponemos especial cuidado en que no sepan de ella las mujeres más que lo que el corazón y el instinto les enseñan; porque por punto general, los hombres no nos acordamos más que cuando nos acomoda de que nuestras esposas son las naturalmente encargadas de educar á nuestros hijos durante el primer albor de la vida; porque, en fin, queremos que las mujeres eduquen bien á nuestros hijos sin estar ellas educadas al efecto. Por que la verdad es que áun hoy que tanto se habla y discute respecto de la educacion de la mujer, en todo se piensa más que en educar á las mujeres para su principal destino, para su mision más genuina y más elevada, para el oficio de madre de familia, que tanto las hermosea y ennoblece.

Persiguiendo fines que no dejan ni con mucho de ser dignos de atencion, nos olvidamos con lamentable frecuencia de que la mujer es la primera educadora del hombre.

Convengamos en que tamaño olvido acusa un modo de proceder tan ilógico como irreflexivo de parte de los hombres, proce-

der que amengua la falta de las mujeres, á que ántes hemos aludido, y nos hace con ellas reos del delito de lesa educacion.

Y convengamos tambien en que para hablar á las madres de la educacion de sus hijos, debemos empezar por educar á las mujeres para madres de familia.

Por aquí es por donde hay que empezar la *educacion del hombre*.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

UNA NIÑA ILUSTRE.

En la ciudad del Tormes, en la antigua Salamanca, cuna de tantos ilustres sabios, vió la luz una niña de elevada ascendencia. En la angelical Beatriz Galindo (que este era su nombre) se reunieron, como raras veces acontece, los pocos años y la espléndida manifestacion de sus talentos.

Apénas contaba nueve años la privilegiada niña, y su ocupacion favorita no era otra que el estudio de las letras y las ciencias.

Un pariente suyo, admirado de los adelantos de Beatriz, tomóla á su cargo, dióla lecciones de latin, que aprendió con facilidad suma, por lo que en adelante la distinguieron con el sobrenombre de *Latina*.

Después de sus primeros pasos en el idioma del Lacio, que llegó á hablar tan correctamente como su propia lengua, dedicóse al estudio de la filosofía, ciencia en la cual hizo tan rápidos progresos, que desde entónces Beatriz fué considerada como un verdadero prodigio.

Su justa fama llegó hasta el trono de la inmortal Isabel I la Católica, quien á título de insignificante recompensa, la nombró su camarista, llegando en breve tiempo á ser la persona de toda su confianza. A los 36 años quedó Beatriz viuda de D. Francisco Ramirez, acontecimiento que decidió la suerte del resto de su vida. Pidió y obtuvo permiso para retirarse de la corte, á fin de entregarse más profundamente al estudio y emplear sus cuantiosos bienes en beneficio de la religion y la humanidad. Así lo cumplió la sabia y piadosa Beatriz fundando casas de caridad. En uno de estos establecimientos, que dirigió ella misma, se educaron señoritas pobres.

Por último: como monumento glorioso erigido por la ardiente caridad de la eminente española, existe en Madrid y en su calle de Toledo, el hospital que llaman de la Latina.

Doña Beatriz Galindo murió en Madrid el año de 1565.

LENGUAJE.

¿Qué diremos acerca del lenguaje? ¿Que las formas son necesarias? esto seria poco, porque valdria tanto como decir que la palabra es precisa para la expresion del pensamiento.

Necesitamos, pues, decir algo más; por ejemplo, que en la patria de los Cervantes, Melos, Jovellanos, Marianas, Zuritas, Blancas, Riojas, Herreras, Melendez y otros mil humbreras de la novela, de la filosofía, de la legislacion, de las ciencias y de las artes, todos debemos hablar en castellano, ó mejor dicho, en español correcto, castizo y adecuado; aquí *con la concision* que demande el estilo; allí *con la precision* que requiere la armonía de la conciencia con el arte, y en donde quiera con la propiedad y el acierto que necesita el gran ministerio de las ideas.

Las formas deben siempre resplaudecer por la elegancia y por la belleza que inspiren la erudicion y el alma, ilustrada no sólo por el estudio de la naturaleza, sino por la apreciacion de todas las necesidades y conveniencias, entre las cuales la dignidad y el decoro ocupan puestos de primer orden; la dignidad, porque todas las obras humanas deben reflejar la del Sér que es por excelencia inteligente; el decoro, porque nada que carezca de él puede ser honesto ni útil á la especie humana, ora se considere compendiada en el individuo, y ora dilatada en el conjunto de nuestra gran familia.

Si hay quien pretende dar escasa importancia á las formas, ese no comprende ni su maravillosa creacion, ni sus encantos, ni sus prodigiosas consecuencias.

De las formas se valen los partidarios del error en la literatura y en las ciencias para difundirle con éxito, halagando, seduciendo, extrayendo y engañando á la descuidada muchedumbre. Pues si las buenas formas producen, empleadas para el mal, casi incomprendibles resultados, ¿cuáles no habrán de producir, empleadas para el bien, en el vasto camino que Dios ha abierto con infinita sublimidad para los afectos excelentes, para los pensamientos elevados y para las obras eminentes?

Cuanto más se aproximan las formas á la realidad de los fenómenos morales y al traslado fiel de nuestros juicios y nuestras acciones, tanto más se van identificando con las acciones y con los juicios mismos interiores. Dichosos los mortales que llegando á identificar las palabras con los pensamientos y con su general concierto llegan casi á convertir la idea y su voz articulada en un solo fenómeno. Cuando la forma es perfecta y acabada, cuanto es posible en lo humano, es casi el alma en accion sin otras ligaduras que las de la limitacion de nuestra inteligencia.

Si porque pensamos nos distinguimos con privilegio de todas las demás criaturas animadas, ¿quién

puede dudar que el lenguaje, que la palabra purificada, que el idioma en sus grados sucesivos de perfeccion es la prueba más cumplida de nuestro libre albedrío, de nuestra inteligencia, y por consiguiente de la responsabilidad de nuestros actos ante la sociedad durante nuestra vida, y ante Dios en todo tiempo?

La continua progresion social en los oficios y en las artes, en los prodigios científicos, en la idealidad del sentimiento, en los métodos, en las exploraciones de todo género, en la ordenada acumulacion de las verdades, ¿de qué depende sino del lenguaje respectivo, de las formas convencionales, del criterio con que se eligen y del intento á que se ajustan, porque todo se refiere á las formas, así como toda forma en lo material y en lo moral se refiere al enlace que tiene la materia con el espíritu y á los que tiene el espíritu consigo mismo, despues de observada la materia y no sabemos si antes de observada? Por eso se ha dicho que el estilo es el hombre, sin duda porque cada hombre tiene el suyo y porque cada hombre, por medio de él, se refleja en sus palabras.

En esta parte mucho vamos perdiendo los españoles, porque sobran trujamanes de toda especie, que en su ilícito comercio nos quieren traducir al francés, al inglés, al alemán, al griego, y no sabemos si al sánscrito, sin considerar que somos españoles, porque tenemos una patria comun y en ella un solo idioma dominante, un mismo sentimiento moral y religioso, unas mismas inclinaciones concéntricas y unas mismas leyes generales.

Bórrese por un momento nuestro idioma con su índole, con sus tendencias y con su alta significacion, y la patria de los Cides y Pelayos, de los Recaredos y Fernandos, de los Paredes y Guzmanes, habrá desaparecido del número de los pueblos que tienen vida propia.

Mucho se trabaja para que en todos conceptos, empezando por el lenguaje, perdamos lo que es nuestro; pero toda conjuracion será estéril en este punto, porque no falta quien vele por todo lo que es admirable entre nosotros, porque el imperio mismo de las cosas nos defiende, y porque si la ignorancia y el error nos persiguen para que no medremos ó medremos muy poco en materias literarias y científicas, queriendo convertirnos en un satélite muerto, tambien hay quien trabaja dia y noche para que el error y la ignorancia desaparezcan, huyendo despavoridos ante el sol de aquellas intimas fuerzas del alma de que son manifestaciones más ó ménos perfectas nuestras obras.

Y aunque nos duela en cuanto al lenguaje y á sus formas extravijs que pueden llamarse pasajeros, de ellos podemos consolarnos algun tanto en las crisis intelectual y lingüística por que estamos pasando, si fijamos la atencion en que las artes y las ciencias, propiamente dichas, que viven sólo de su propio fuego, de su propia razon, de sus propias energías, se hallan

en un estado especialísimo y realmente satisfactorio

Mucho se traduce y frecuentemente muy mal, sin que las compensaciones morales equivalgan siempre á los sacrilegios literarios. Hasta se quiere que pensemos con palabras extrañas á nuestro suelo; pero en medio de esto y de otros quebrantos se va llegando tambien á un estado mejor, aunque por desdicha lentamente, si han de valer los juicios de una impaciencia que más de una vez es temeraria. Pero este período de gestacion irá pasando, y á medida que sazonemos y disciplinemos nuestro espíritu en todos los ramos del humano saber, iremos tambien perfeccionando nuestro lenguaje y dándole la extension que necesite. Porque si en él queremos verdad y pureza no podemos conformarnos con el estancamiento á que quieren reducirle las gentes estadizas, para quienes parece que no viven y crecen las ideas ni se suceden los siglos.

J. A.

COSMOGRAFÍA.

HISTORIA DE LA ASTRONOMÍA.

Difícil fuera, sino imposible, determinar con precision el punto de donde parte la historia de la Astronomía, que como la de las cosas todas, tiene su principio envuelto entre las tinieblas de los tiempos primitivos. Nosotros, sin embargo, vamos á emitir sobre este asunto, no diremos nuestra opinion, sino nuestras conjeturas reducidas á lo siguiente. Desde que en medio de la naturaleza dió su primer destello la primera inteligencia, se estableció entre aquélla y ésta una relacion, fuente de todos los conocimientos sucesivos; pero nada habia de llamar tanto ni tan pronto la atencion del hombre como los brillantes cuerpos que circulan en la inmensidad del espacio, porque al buscar instintivamente en las alturas, y este debió ser su primer movimiento, la faz de su Creador, lo primero que hirió su vista fué ese magnífico lumínar del dia, que al posar sus rayos sobre su frente, despertó en su cerebro el pensamiento de averiguar los secretos de la bóveda celeste. En el primer hombre, pues, hallamos el primer astrónomo. En el primer latido de la inteligencia, el primer conocimiento de la ciencia sublime de los astros.

Obligado el sér humano á llevar en aquellas edades una vida nómada, y desprovisto de los medios de direccion, de que sólo más tarde pudo disponer, tuvo sin duda que buscar una guía en sus escursiones por el entonces desierto mundo, y ese Norte lo encontró en alguna estrella; que en el órden físico, como en el órden moral, del cielo viene la luz que esclarea nuestros pasos por la tierra.

Pero la vida general de la humanidad presenta en su desarrollo los mismos caracteres que la particular del individuo, y si seis mil años de existencia han sido apenas bastante para que alcancemos la época de madurez, bien se comprende que el género humano se encontrase en su infancia á los mil años, por ejemplo, de la creacion, y como la tendencia á lo maravilloso, la imaginacion, es entre todas las facultades la que predomina en la primera edad, en estos primeros tiempos á que nos referimos, la ciencia astronómica debia ser un conjunto de fábulas, en cuyo fondo brillarian, como diamantes perdidos, las pocas verdades que la observacion de algunos hombres, sacerdotes, filósofos y guerreros á la vez, habria ido acumulando en los templos de sus falsos dioses, lugares de misterio donde el génio del saber iba encerrando las conquistas hechas sobre la naturaleza.

En un rincon del Asia, en la Caldea, es donde aparecen claramente con algun carácter científico los conocimientos astronómicos, que no debieron ser ya muy escasos, pues á los caldeos debemos las primeras observaciones sobre los eclipses, y segun todas las probabilidades, la invencion de la esfera y la division del Zodiaco en sus doce constelaciones. Los fenicios y los egipcios, especialmente los sacerdotes de los últimos, se hicieron tambien célebres en esta ciencia; pero mezclando con las verdades que descubrian las absurdas creencias astrologicas, pretendieron leer en el firmamento los secretos del porvenir. Magnífico recurso para mostrarse como seres superiores á los ojos de la multitud, en cuya ignorancia fundaban su dominacion!

El movimiento de las ideas llegó, en virtud de esa ley de inestabilidad que preside la historia de los pueblos, á concentrarse en Grecia, que fué en su tiempo el cerebro del mundo, como más tarde debia serlo Roma, y aparecieron sucesivamente Thales de Mileto, que fundó la escuela jónica, donde demostró, entre otras verdades, la esfericidad de la tierra y las causas de los eclipses de sol y luna. Anaximandro que, segun la opinion general, inventó el *gnómon* y las cartas geográficas, y Pitágoras de Samos, cuyo nombre marca en la ciencia una época gloriosa, pues fué acaso el primero que demostró los dos movimientos de rotacion y traslacion alrededor del sol de que la tierra está dotada, y el primero tambien que se atrevió á sostener la opinion, hoy universalmente admitida, de que las estrellas son lejanos soles, centro de otros tantos sistemas planetarios.

Pitheas, Aristarco de Samos, Aristoteles é Hiparco de Bithinia, que cierra el primer periodo brillante de la historia de la Astronomía, contribuyeron poderosamente al progreso de la ciencia, de tal modo, que al último somos deudores del uso de las longitudes y latitudes. Pero despues de tres siglos proximoamente de olvido para la Astronomía, en los cuales desecalla sólo Posidonio, que descubrió la causa del

flujo y reflujo del mar, aparece Ptolomeo, célebre matemático de Perusa, que floreció 175 años despues de Jesucristo, y que con un sistema absurdo, en cuya formacion tuvo más parte la fantasia que la inteligencia, detuvo la marcha de la ciencia durante más de mil cuatrocientos años. Su sistema, además de sostener el antiguo error de los cuatro elementos tierra, agua, aire y fuego, coloca á la tierra inmóvil en el centro del Universo, eleva á la luna, de satélite que es, á la categoría de planeta, y arrancando al sol su corona de rey del mundo, le asigna un lugar en uno de esos once cielos de que, segun este astrónomo, se compone lo que llama region etérea, encima de la cual establece la morada de los bienaventurados. Todos los cuerpos celestes, ocupando respectivamente esos once cielos, giran alrededor de la tierra.

En 1472 apareció Copérnico en las orillas del Báltico, como el génio predestinado para echar la base del sistema, hoy reconocido como el único racional. Copérnico abre el segundo periodo de gloria de la Astronomía. El sistema del sabio prusiano, fundado en las verdades de los antiguos, sobre todo de Pitágoras, coloca al sol fijo en el centro del Universo. reconoce á la luna como simple satélite que gira alrededor de la tierra, y á ésta como á un globo que circula lo mismo que los demás planetas alrededor del sol. Segun Copérnico, la tierra tiene tres movimientos: uno de rotacion sobre su eje, otro de traslacion alrededor del sol, y, por último, otro, merced al cual, manteniendo siempre su eje vuelto hácia un punto fijo del cielo, va presentando al sol sucesivamente en el espacio de un año cada porcion de su superficie.

A Copérnico sigue Ticho-Brahe, que nació en Scania en 1546. Su sistema, universalmente reprobado, tenia por objeto conciliar el de Ptolomeo con el de Copérnico. Segun él, la tierra permanece inmóvil en el centro del mundo, el sol gira alrededor de la tierra, y la luna y todos los planetas alrededor del sol.

En 1642 nació en Inglaterra el gran Newton, que no contento con sus descubrimientos matemáticos, arrancó á la naturaleza el secreto de la gravitacion universal, haciendo de este modo á la ciencia un importantísimo servicio. El resumen de su sistema es el siguiente. De la misma manera que todos los cuerpos tienden al centro de la tierra, los astros se dirigen al sol, solicitados por una fuerza atractiva, que ha recibido el nombre de fuerza centripeta; pero en virtud de otra fuerza llamada centrifuga, tienden al mismo tiempo á separarse de aquél, resultando de la combinacion de ambas el equilibrio y el perpétuo movimiento circular de las esferas.

Hemos hecho á grandes rasgos la historia de la Astronomía. Muchos nombres ilustres, entre ellos Descartes y Galileo, pudieran servirnos para llenar, no en valde por cierto, algunas páginas más, si las dimensiones de nuestro periódico lo consintieran. Ninguna ciencia ha encontrado tantos obstáculos en su

camino como la Astronomía; ninguna ha tenido que vencer tantas dificultades. Los errores de los astrólogos detuvieron sus pasos por mucho tiempo. Empero ya la Astronomía tiende con toda libertad sus alas en el espacio, y busca con la esperanza de días de gloria el modo de resolver los muchos y complicados problemas, que aún mira ante sus ojos, como otras tantas futuras conquistas con que sabrá extender su ya dilatado imperio.

EDUARDO RUIZ Y GARCÍA.

DEL TERMÓMETRO.

Se llama *temperatura* de un cuerpo, no la cantidad de calórico que contiene, sino la tendencia de este calórico á penetrar en los cuerpos que le rodean; esta tendencia es más ó ménos fuerte, segun la constitucion interior de cada cuerpo. El calor es la sensacion que produce en nosotros un cuerpo cuya temperatura es más elevada que la nuestra; el frio, al contrario, es la sensacion que nos hace experimentar un cuerpo cuya temperatura es más baja que la nuestra. Así el frio no es más que un calor más pequeño. En invierno, cuando sobreviene el deshielo, encontramos el tiempo muy dulce, porque nos sorprende en medio del frio; este mismo calor nos parecería un frio riguroso si lo experimentáramos en medio del verano. Ved aqui tambien por qué una cueva cuya temperatura permanece casi la misma en todos tiempos, nos parece caliente en invierno y fria en verano. Ved aqui tambien por qué si tenemos fria una mano y caliente la otra y sumerjimos las dos en agua tibia, encontramos ésta á la vez caliente y fria. Resulta, por lo tanto, que nuestro cuerpo es muy mala medida de la temperatura de los otros cuerpos. Esta medida cambia á cada instante; no es fija é invariable. Es preciso, pues, buscar recursos por otros medios.

Se ha observado que todos los cuerpos, y particularmente los líquidos, se dilatan al calentarse, es decir, adquieren un volumen considerable: la dilatacion es, por consiguiente, lo contrario de la condensacion. Si llenásemos casi enteramente con un líquido una redoma de vidrio cuyo cuello fuese largo y estrecho, y en seguida la arrimásemos al fuego, veriamos bien pronto dilatarse el líquido á medida que se calentara y elevarse en el cuello de la redoma.

Esta propiedad que tienen los cuerpos de dilatarse calentándose, ofrece un medio muy sencillo y muy exacto de medir las diferencias de temperatura. Despues de estas observaciones es cuando se ha construido el *termómetro*: esta palabra significa medida del calor.

Este instrumento es de una gran utilidad: nos proporciona el medio de obtener con precision el grado de calor que conviene al cuarto de un enfermo, al agua de un baño, á una estufa, etc. Sirve tambien para otros muchos usos.

Para construirle se toma un tubo de vidrio, terminado en una ampolleta: se llena de mercurio ésta y parte de aquél; la abertura por la cual se ha introducido el mercurio se cierra, despues que se ha extraido el aire comprendido en el espacio que media entre el mercurio y lo alto del tubo. El volumen de un cuerpo se aumenta ó se disminuye segun que su temperatura aumenta ó disminuye tambien; por consiguiente, si el mercurio se calienta ó se enfria, debe subir ó bajar en el tubo; y como el grandor de la ampolleta es considerable con respecto al tubo, una dilatacion ó una condensacion muy débil en el mercurio contenido en aquélla, producirá una variacion muy notable en la columna del tubo; y por este medio llegan á notarse las faltas de temperatura, por muy pequeñas que sean.

Se sumerge el tubo en nieve ó hielo, y el mercurio, al enfriarse, disminuye de volumen, desciende y se detiene al fin en un punto fijo, que indica la temperatura del hielo. Este punto se señala sobre el tubo con un cero. Se sumerge en seguida el instrumento en agua hirviendo, y el mercurio sube y se detiene tambien en un punto, porque por muy grande que sea el calor á que se someta el agua ó cualquier otra especie de líquido, cuando ha llegado á hervir, su temperatura no puede elevarse; el exceso de calórico que recibe la reduce á vapor. Se marca tambien sobre el tubo este punto fijo, que indica la temperatura del agua hirviendo. Entre este último punto y aquel que marca la temperatura del hielo hay un intervalo, que se divide en un corto número de partes iguales. Se puede en seguida fijar el instrumento en una tabla, sobre la cual se marcan las divisiones del tubo en los puntos que les corresponden.

Hay termómetros en los cuales el intervalo comprendido entre el término de hielo y el del agua hirviendo se divide en ochenta, ciento ó ciento ochenta grados. Hay termómetros, en fin, en cuya construccion se emplea, en lugar del mercurio, el espíritu de vino ó éter, al que se da un poco de color para que el líquido sea más visible en el tubo; pero el mercurio es preferible, porque es un metal que no se hiela ó se reduce á vapor sino por un frio ó un calor extraordinario.

C. DE ESPILAS.

ANTIGUA POESÍA ÉPICA DE LA GRECIA.

En los tiempos más antiguos de la Grecia, y antes del período literario propiamente tal de este país: las aventuras de los dioses y de los héroes estaban ya descritas en versos populares y cantadas y transmitidas de generacion en generacion. Los mitos y fábulas, pasando así de boca en boca, recibían frecuentes variaciones, como sucede á nuestros antiguos romances españoles; luego, y con el trascurso del tiempo, las narraciones sueltas é inconexas recibían enlace y union de manos de algun poeta, y de ese modo se convertían en un cuerpo armonizado, en poemas nacionales. Muchos de éstos existieron, pues, en la antigua Grecia; pero todos se han perdido, excepto la *Iliada* y la *Odissea*, cuya regularizacion y forma actual se atribuye á Homero: en la primera se describe y celebra el sitio de Troya, y en la *Odissea* las aventuras de Ulises. Las controversias de los sabios acerca de la persona y de las obras de Homero, son interminables. Siete ciudades por lo ménos de Grecia se disputaban el honor de ser su patria, y todas ellas tenían leyendas especiales acerca de su vida de bardo ó poeta errante. Algunos llegan á negar que existiera nunca, considerando su nombre como símbolo colectivo de varios poetas, cuyas individualidades se han confundido para nosotros en esa personalidad histórica. No menores disputas se han suscitado con respecto á la fecha que debe atribuirse á esos dos grandes poemas: probablemente ascienden al noveno siglo antes de nuestra Era, habiendo razones para creer que no nacieron ni antes ni despues de esa época.

Estas narraciones poéticas no eran leídas aislada é individualmente, sino recitadas por gentes dedicadas á ello en las reuniones, solemnidades y festividades públicas, constituyendo el único alimento intelectual y literario del pueblo durante largos tiempos. Estas obras, aparte de sus encantos poéticos, son interesantes tambien para nosotros, en cuanto nos revelan el estado social de los griegos en aquellas remotas edades. Con respecto á este punto, la *Iliada* y la *Odissea* son la expresion y reflejo de una sociedad donde no aparecen leyes escritas ni principios firmes de organizacion. El rey entonces gobernaba á su pueblo con arreglo á antiguas y tradicionales costumbres, siendo sólo responsable ante los dioses del uso que hacia de su autoridad. En general, la condicion y el carácter de los griegos de la edad heroica no deja de ofrecer alguna semejanza con el aspecto que presentan los guerreros de la Edad Media en la Europa caballeresca, salvo las diferencias naturales entre ambos períodos.

Hesíodo, que se supone floreció bastante tiempo despues de Homero, probablemente hacia el año 700 (A. C.), es la gran autoridad á que hay siempre que recurrir en cuanto á la genealogía é historia de los

dioses. Homero nos suministra tan sólo alguna relacion aislada ó alusiones de leyendas bien conocidas: pero en Hesíodo se encuentra un plan y pensamiento maduro dedicado á trazar la historia seguida de los tiempos fabulosos; así es que su *Teogonia* obtuvo gran crédito y popularidad entre los griegos, siendo, por decirlo así, su Biblia.

J. A. E.

LOS CREPÚSCULOS.

I.

Velo sutil de fulgidos colores
 Por el cóncavo azul se extiende hermoso,
 Brilla el oriente, muévense las brisas,
 Y un himno dulce, puro y amoroso
 Al viento dan los pájaros cantores,
 Bebiendo de la aurora las sonrisas.
 Las llamas indecisas,
 Con las sombras luchando,
 Van más vida cobrando:
 Hasta que al fin las cumbres eminentes
 Corona el sol de rayos esplendentes
 Y los cielos de ráfagas aeronas:
 Y el rey de los vivientes
 Sale á la luz para cantar sus penas.

II.

Ya en el ocaso el sol enrojecido,
 A medio mundo su fulgor negando,
 Precipita su marcha victoriosa:
 Ayes forma el arroyo, lecho blando
 Busca en la flor el céfiro, á su nido
 Rápida vuela el ave y silenciosa.
 Abre la selva hojosa
 Lamentable armonía:
 Huye por fin el día
 Del ancho cerco de la noche triste,
 Que soñolienta los espacios viste
 De funerales velos:
 Y el rey de cuanto existe
 Vuelve al hogar para gemir sus duelos.

LA LEY.

Si quieres ser feliz, si tu memoria
 En puro cielo convertir anhelas
 Que atesore mil bálsamos de gloria,
 Recuerda lo que digo:
 Todo vive en la ley: allí do alientes,
 Dentro y fuera de ti, cual hoy mañana,
 Siempre hallarás, si en crímenes consentes,
 Juca, sentencia y castigo.

JULIO DE EGUILAZ.

CIENCIAS NATURALES.

DE LOS INSECTOS.

La clase de los insectos es una de las más interesantes, sobre todo á causa de los cambios de forma que la mayor parte de ellos experimentan durante su vida. Nos fijaremos, para decir cuatro palabras respecto de los mismos, en la oruga, la abeja y la hormiga.

Las orugas salen de los huevos que las mariposas ponen, y los cuales se abren generalmente al principio de la primavera. Las orugas, cuando han adquirido ya todo su crecimiento, cambian de forma. Para ello muchas especies de orugas construyen en un sitio cualquiera abrigado, una cubierta ó cascaron de la forma de un huevo por medio de un hilo sedoso y extremadamente fino que envuelven alrededor suyo: ese hilo es producido por un jugo gomoso que sale de su boca y que se seca en cuanto le toca el aire. Una vez dentro de esa especie de cáscara, se hinchan y hacen estallar su piel, de la cual se despojan muy pronto y se quedan aletargadas é inmóviles, no conservando nada de su primera forma; llegadas á este segundo estado las orugas, se llaman *crisálidas*, debiendo tener presente que sólo casi las orugas que despues han de ser mariposas nocturnas, son las que se construyen esos envoltorios ó capullos, para convertirse dentro en crisálidas. Acabamos de decir que la oruga se convierte en crisálida; pues bien, aún no es eso todo. Despues de algun tiempo de hallarse en estado de crisálida, se transforma ya en mariposa, la cual para salir de su prision, si pertenece á la especie de las orugas que se encierran en capullos, rompe éste por un sitio en que es más endeble, pues así lo hizo de propósito al construirle. Cuando la oruga ha llegado á este tercer estado, lo que la queda ya que vivir es ordinariamente muy poco; pero antes de morir, las mariposas hembras tienen cuidado de poner huevos en un sitio conveniente, y de los cuales salen despues orugas iguales á aquellas de las que ellas proceden. Tenemos, pues, que la misma mariposa ha sido primeramente oruga, despues crisálida y por último mariposa. Por ahora no entraremos en pormenores acerca de las diversas especies de mariposas. La mayor parte de los insectos cambian de forma lo mismo que estas; pero esos cambios varían segun las especies.

Los huevos de las mariposas son los únicos que dan orugas: los de los otros insectos que cambian de forma producen larvas, que se llaman ninfas despues de su trasformacion para distinguirlos de las crisálidas, que sólo corresponden á las mariposas. Las ninfas se trasforman en seguida en insectos perfectos, es decir, en insectos que no deben ya cambiar más de

forma hasta morir. Así las orugas y las larvas, las crisálidas y las ninfas, no son todavía sino insectos imperfectos. Entre los insectos que tienen alas, hay algunos que salen ya del huevo casi con la misma forma que deben conservar siempre, no faltándoles más que las alas, que les nacen en seguida. Los saltamontes y los grillos están en ese caso. En general, los insectos sin alas no están sujetos á trasformaciones, y salen del huevo bajo la forma que han de conservar al crecer. La pulga es excepcion de esta regla.

Las alas de los insectos son en número de dos ó de cuatro. Las de las mariposas están, como todo su cuerpo, cubiertas de escamillas tan finas, que parecen una especie de polvo. Las de los otros insectos son finas y transparentes, y en ciertas especies están ocultas bajo unos estuches sólidos, como sucede en las cantáridas, escarabajos y saltones.

* *

La abeja es uno de los insectos más útiles al hombre desde los más remotos tiempos de la antigüedad.

Referiremos en breves palabras todo lo relativo á ese precioso animalito. En cada enjambre, compuesto de miles de abejas, no hay más que una sola hembra, que se llama la reina: es un poco más gruesa que las demás y sale muy raras veces de la colmena, donde está únicamente encargada de poner huevos. Las otras abejas no son ni machos ni hembras: llámase las obreras, y son las que hacen la miel y la cera y construyen los panales. Hé aquí como ejecutan sus trabajos.

Primero van á recoger sobre los tiernos botones del álamo y del álamo una especie de goma, con la que cubren el interior de la colmena, á fin de tapar todas las hendiduras. Hecho esto, se ponen á construir los panales con la cera. Para esto se arrastran sobre los estambres de las flores, se cubren de polen, del que ellas forman en seguida una bola por medio de una especie de brochitas que tienen en las extremidades de sus patas. Llevan á la colmena esta materia que tragan y digieren en un estómago destinado únicamente á esta funcion, y despues la depositan. El polen de las flores digerido de este modo es el que hace la cera, en la cual, antes de endurecerse, forman las abejas con la ayuda de sus patas y de la parte inferior de sus cuerpos, celdas de seis paredes, colocadas con simetría las unas al lado de las otras. Cuando están hechas estas celdas, van á recoger la miel, que frecuentemente se ven obligadas á ir á buscar muy lejos. Extraen con su trompa los jugos que destilan un gran número de flores, digieren este líquido en otro estómago que el que está destinado para la preparacion de la cera, y le depositan en seguida en las celdas, cuya entrada tapan con aquélla despues de haberlas llenado de miel. Continúan este trabajo durante la bella estacion, y encuentran de este modo

todo su alimento preparado para el invierno: así ellas aseguran su existencia.

Un gran número de celdas están destinadas á recibir cada una un huevo que la reina deposita allí. De estos huevos salen las larvas, á las que las abejas obreras llevan constantemente el alimento, y que al cabo de seis días han alcanzado todo su crecimiento. Entonces las obreras las aprisionan en sus celdas, cuya entrada tapan con cera. Allí las larvas se rodean de hilos de seda y despues se cambian en ninfas. En fin, al cabo de veinte días, las ninfas se convierten en abejas, y rompen entonces la cubierta de cera que las tiene aprisionadas en sus celdas. La colmena llega muy pronto á ser pequeña para contener la antigua y la nueva poblacion, y el enjambre joven se reúne, y bajo la direccion de una nueva reina, va á establecerse en otra parte.

•••

Las hormigas viven, como las abejas, en sociedad. La mayor parte están tambien destinadas únicamente al trabajo. Los machos y las hembras tienen alas. Los machos no viven nunca en la habitacion comun, y las hembras no tienen otra ocupacion que la de poner huevos. Las obreras que están desprovistas de alas, son las que llevan todo el trabajo. Apenas se concibe cómo un insecto tan pequeño puede abrir en la tierra agujeros tan grandes. Ellas consiguen, sin embargo, este resultado por su número, su infatigable actividad y el órden que guardan en sus operaciones. Es un ejemplo notable de lo que puede un trabajo perseverante, regular y que se compone de los esfuerzos reunidos de muchos individuos.

Cuando una cuadrilla de hormigas quiere preparar un hormiguero, escoge ordinariamente una tierra seca, firme y expuesta al sol. Preparan muchas avenidas con el objeto de que jamás haya confusion para entrar ni para salir. Se dividen en dos tandas, de las que la una lleva la tierra afuera y la otra vuelve por un camino diferente para dedicarse al trabajo. Cuando el hormiguero está concluido, van por todas partes á buscar alguna presa que conducir fielmente á la habitacion. Llevan con mucha frecuencia cargas más grandes que ellas; si la presa es muy considerable para que una sola hormiga pueda cargarla, se reúnen muchas para arrastrarla ó para despedazarla. Este ardor que emplean para ir á buscar los alimentos ha hecho creer durante mucho tiempo que reunian provisiones para el invierno: es un error. Estas provisiones les serian completamente inútiles, porque en el invierno las hormigas están adormecidas, inmóviles, y no toman nunca alimento.

Los machos y las hembras mueren al poco tiempo de haber sido depositados los huevos en el hormiguero. La postura es prodigiosa, y tiene lugar durante el estío. Al cabo de algunos días salen las larvas,

que crecen muy pronto y lleguen á ser más gruesas que las hormigas; estas larvas son á las que se llaman impropriamente huevos de hormigas. Las obreras tienen con ellas el mayor cuidado; las reservan el alimento necesario, las llevan á la entrada de su habitacion para hacerlas gozar del sol en los bellos días del estío, y por la tarde las retiran al fondo de aquella. Estas larvas se cambian en ninfas, pasan el invierno en este estado y se trasforman en hormigas en la primavera siguiente.

La hormiga tiene por enemigo formidable una larva de otro insecto alado, llamado por esa razon hormiga-leon. Este insecto es uno de los más curiosos por su destreza, su paciencia y su sobriedad. Como se mueve con mucha dificultad, emplea la astucia para coger su presa. Se esconde en el fondo de un agujero que tiene la forma de embudo, no dejando fuera más que las extremidades de sus patas. Allí permanece inmóvil, esperando pacientemente que una hormiga ó una mosca venga á pasar por el sitio en que está escondida, y cuando esto sucede, la arroja arena para hacerla rodar al fondo del agujero, y allí sujetándola con sus patas, chupa su sangre. No se transforma sino un año ó dos despues de su nacimiento.

C. DE ECUILAZ.

PEDRO PABLO RUBENS.

Pedro Pablo Rubens, una de las más grandes celebridades de la pintura, nació en Colonia el año 1577. Su padre, Consejero del Senado de Anvers, le colocó, siendo muy joven aún, en clase de paje, al servicio de un grande; pero Rubens debía abrirse por sí solo el camino tan difícil como honroso de las grandes distinciones que le deseaba la ambicion paternal. Embargado por esa irresistible vocacion que alienta á los grandes hombres, el joven paje renunció muy pronto á las seducciones de una vida ociosa, y se hizo discípulo de Adam Van Oort y despues de Otto Voemis, pintor ménos conocido que el anterior. A los veintitres años, y con alguna reputacion ya en su país, se sintió arrastrado por el deseo de ir á pedir á Italia las lecciones que no podía encontrar en otras partes. Visitó sucesivamente Venecia, Mantua, Roma y Génova. La escuela veneciana fué objeto de sus estudios favoritos; en ella aprendió del Ticiano, de Pablo Veronés y del Tintoreto el secreto de ese colorido brillante que constituye el rasgo distintivo de tan famosa escuela. Tambien estudió por largo tiempo las obras de Julio Romano. Durante siete años prosiguió con perseverancia sus trabajos, pintando durante este

período muchos cuadros y retratos. María de Médicis, que hacía revivir en Francia el gusto hereditario de su familia por las bellas artes, le encargó las pinturas de su palacio de Luxemburgo, y á esto se debe la magnífica galería, célebre en el mundo entero, que representa la historia alegórica de María de Médicis y una parte solamente de la de Enrique IV, porque la desgracia de aquella reina impidió que tan notable obra se terminase.

El duque de Buckingham, en las frecuentes visitas que hizo á Rubens, supo distinguir al lado de las eminentes cualidades del artista la inteligencia superior del hombre de Estado. Por esto lo envió á conferenciar con la infanta Isabel sobre las importantes cuestiones políticas surgidas entre España é Inglaterra. La archiduquesa, á su vez, creyó que no podía hacer cosa mejor que enviar á aquél al lado de Felipe IV para tratar de aquellos graves asuntos. Rubens fué bastante hábil para allanar las dificultades que existían entre las dos naciones, y esta delicada misión le valió las más lisonjeras distinciones de parte de los dos reyes. Felipe IV le hizo caballero de sus órdenes, y le confirió el cargo de secretario de su Consejo privado, y más tarde el de secretario del Consejo de Estado en los Países-Bajos. A su vez Carlos I le hizo también caballero, y para demostrar públicamente cuanto apreciaba su mérito, le regaló en pleno parlamento, la espada que llevaba al costado.

De vuelta á Anvers, Rubens se casó con Elena Forment, célebre por sus gracias y belleza. Desde entonces la vida de este ilustre pintor no fué más que una serie de triunfos de todo género.

Su estudio era el punto de reunión de los extranjeros más distinguidos, y su casa, enriquecida con todo lo que las artes tienen de más precioso, era citada como modelo de gusto y de magnificencia. Sabía dividir su tiempo entre el estudio y los negocios. No bajan de 1300 los cuadros debidos á su pincel, y Anvers posee el que pasa por su obra maestra y que es ciertamente una de las páginas más bellas del arte: el DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, en donde se revela todo el génio de aquel eminente maestro. Merece también especialísima mención el cuadro que representa EL PAPA SAN GREGORIO, y que existe en el museo de la ciudad de Grenoble.

Rubens llevó al más alto grado la magia del colorido. Algunas de sus producciones no están perfectamente acabadas, debido sin duda á su increíble rapidez de ejecución, que sobrepujaba á la del mismo Tintoretto. Nótese también en sus cuadros el defecto de no haber consultado con toda detención la verdad de las costumbres, y sobre todo, la de no haber permanecido siempre fiel á las grandes tradiciones de la pureza antigua. Así su dibujo es pesado, incorrecto algunas veces, pero siempre lleno de energía, y sus cuadros todos, aun aquéllos en que las imperfecciones se presentan más de relieve, son sin ningún género de

duda de una superioridad innegable. Sus discípulos fueron numerosos, figurando en primer término Vandyck, Temeis y Jordan.

Rubens murió en Anvers en 1640, colmado de honores y riquezas. Dejó un *Tratado de pintura* y otro de *Arquitectura italiana*. Tuvo dos hijos, y de ellos, el llamado Alberto, fué numismático distinguido.

EMILIO AGUILERA.

LA RESIGNACION.

—¿Qué haces con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la mirada triste?

—Grandes desgracias me han herido.

—Mayores te esperan si no las conjuras.

—Cúmplase la voluntad de Dios: estoy resignado.

—La voluntad de Dios es que cumplas tres deberes, y el primero de todos, es no abandonarte á tí mismo. ¿Qué sucedería si todos los desgraciados se detuviesen desanimados ó resignados como dices? No, la resignación no es la inercia. Es, sí, la calma en el sufrimiento, la sumisión á una voluntad soberana, pero es también la valerosa resolución de cerciorarse si esta voluntad, que no puede ser siempre hostil, protegerá nuevos esfuerzos. Levantate, pobre atribulado, levántate; la resignación es el valor, y valor infatigable.

(La ciencia de los buenos.)

RASGO DE RESPETO FILIAL.

Cayus Marcus, á quien la toma de Coriolo hizo dar el sobrenombre de *Coroliano*, había perdido á su padre en muy temprana edad y fué educado por su madre. Recibió de la naturaleza nobles impulsos por la gloria, pero como tenía poca instrucción, fué siempre dominado por la cólera y por una terquedad invencible.

Como tenía un alma inaccesible á los placeres y á la avaricia, como demostraba un valor infatigable, se alababan la austeridad de sus costumbres, su desinterés y su arrojo; pero no se podía soportar la violencia de su carácter, sus arrebatos, sus maneras salvajes y su trato incivil.

El mayor fruto que los hombres sacan de los estudios y del comercio de las musas, es el de suavizar y civilizar la ferozidad de su carácter; es el de purifi-

carle de todo lo que puede haber en él de toscos y de grosero. En efecto, las bellas artes cultivadas con cuidado, dulcifican las costumbres y no hay ningun hombre, por intratable que sea, que no pueda humanizarse siempre que preste un oído dócil á las lecciones de los maestros.

Marcus, en su juventud, cuando hacia sus primeras armas, se encontró en muchas batallas y jamás volvió de éstas sin una corona ú otro premio militar. Sus compañeros buscaban la gloria en el valor, y *Marcus* en la gloria no buscaba más que la satisfaccion de su madre *Veturia*. Cuando ella le habia abrazado, vertiendo sobre él lágrimas de gozo, ya por haber oído alabarle públicamente, ya por haberle visto premiar con una corona, se creia el primero y más dichoso de los hombres.

Semejante á *Epaminondas*, que decia que su mayor placer y toda su felicidad habia consistido en tener á su padre y á su madre por testigos de la gloria que habia alcanzado en la batalla de *Leuctres*, y que hubiesen participado de aquélla con él, *Coroliano* tenia la misma satisfaccion respecto de su madre; queriendo hacerla gozar de los derechos paternos y maternos, no creia hacer jamás bastante para tenerla contenta y para honrarla. Se casó porque ella lo deseaba y por darla gusto. Esposo y padre de muchos hijos, vivió siempre con ella.

Despues de señalados servicios hechos á su patria, este general fué condenado al destierro por una sentencia del pueblo, y resuelto á vengarse, se retiró al país de los volscos. Fué recibido con los brazos abiertos, y *L. Tullius*, uno de los primeros ciudadanos y enemigo encarnizado de los romanos, le dió alojamiento en su casa. Los dos, excitados el uno por un odio inveterado y el otro por el resentimiento de la cruel injusticia de que acababa de ser víctima, se hicieron elegir generales de los ejércitos de los volscos.

Coroliano, despues de haber tomado muchas plazas, vino á acampar á cinco millas de Roma y asoló todo el territorio. Se le enviaron diputados para pedirle la paz y recibieron una respuesta humillante. Otros fueron enseguida y se les prohibió la entrada en el campamento. En fin, los sacerdotes revestidos con los hábitos sagrados, fueron á arrojarle á sus piés y no consiguieron más que los otros sobre su espíritu irritado.

En esta situacion alarmante, las damas romanas se reunieron, y habiendo decidido á *Veturia*, madre de *Coroliano*, y á *Volumentia*, su mujer, á que tomaran en sus brazos á los dos pequeños *Marcus*, marcharon así al campo enemigo, á fin de salvar con sus lágrimas y sus ruegos una ciudad que sus maridos no podian proteger con las armas.

A su aproximacion, cuando se anunció á *Coroliano* que una comitiva de damas se presentaba, aquel coronó á una, que no habian podido quebrantar ni la

majestad pública representada por los diputados, ni la religion en la persona de los sacerdotes, se preparó á resistir tambien los ruegos de las mujeres. Pero á la vista de su madre, este hijo tierno y respetuoso, sintió aplacarse de repente su cólera: *Roma*, exclamó ¡oh *Roma!* á mi madre es á quien sacrifico la injuria que me has hecho!

P. la T.

R. O'FELAN.

PROBLEMA.

Entre líquida plata
 Descubrí no sé cuántas Galatéas,
 Y donde se remata
 La selva oscura, un coro de Napéas:
 Tétis á todas en el mar retrata;
 Bellas á néllas eran; éstas feas:
 En número no iguales,
 Porque en especie eran designales.
 No pudiendo contarlas
 Consulté á Apolo que en el mar lucía,
 Y doradas guirnaldas
 De perlas desatadas les tejía;
 Y el Dios Intenso para más honrarlas
 No me quiso decir lo que sabia:
 Pero al son de las olas
 Cantó elocuente estas palabras solas.
 Si dejan sus cristales
 Tres Ninfas bellas, que á la selva llama
 La hermosísima Pales,
 Adornada de flores no de escama.
 En número serán todas iguales;
 Pero si viendo que Triton las ama
 Al mar van tres Napéas
 Serán doblado más las Galatéas.

(*Questions arithmétiques, par el (Hisp) Caramuel.*)

ACTA

de las sesiones celebradas para el establecimiento de la Asociación de Institutrices y Profesoras de Comercio.

Invitadas las Institutrices y profesoras de Comercio por Ilmo. Sr. Presidente de la Asociación para la enseñanza de la mujer á una reunion preliminar, en la que se tratara de fundir en una sola aspiracion las comunes á ambas clases, concurren las señoras y señoritas que al márgen se expresan:

Ruiz de Quevedo, Armengol, Seseña, Lozano, Perez (Josefa), Sellan, Jimenez (Cármén), Jimenez (Francisca), Guibelalde, Saiz, Vela, Real, Xarrié, Lopez (Elena), Mesa, Iribarren, Alzugaray, Labiano, Garcia (Concepcion), Ramirez, Landi, Albeniz, Ginés, Gargallo, Martin (Cármén), Martin (Pastora).

Después de oír la autorizada palabra del Sr. Ruiz de Quevedo, que expuso las ventajas que la asociacion proporciona, convinieron en establecer una sociedad constituida por las Institutrices y profesoras de Comercio, fundada en la necesidad imperiosa de demostrar al público su aptitud para los cargos á que respectivamente se dedican, y en unirse todas para que las que procedan de un mismo centro puedan conocerse, apoyarse y auxiliarse mutuamente, con objeto de que, identificadas todas en un mismo fin, contribuyan cada una, en la medida de sus fuerzas, á arraigar en nuestra patria esta idea grande y noble: que la mujer debe ser instruida, porque de este modo se perfeccionan sus facultades intelectuales, engrandeciéndola y dignificándola.

Admitida la idea, se hacia preciso proceder á su desarrollo, sentando bases y preceptos que la establecieran de una manera firme y duradera; al efecto se nombró una comision que redactara el Reglamento, formada por las señoritas Zurbano, Albeniz, Saiz, Martin (Cármén) y Armengol; la comision delegó en la señorita Albeniz sus poderes, quedando ésta en el deber de formular el Reglamento.

Á esta reunion siguió otra, en la que se dió lectura del indicado Reglamento, que después de aprobado en totalidad, fué discutido por artículos. El 1.º indicaba que además de las Institutrices y profesoras de Comercio de Madrid, pudiesen pertenecer las tituladas en provincias. La señorita del Real dijo que en su concepto esto no era posible, pues que las que estuviesen ausentes no podrian tomar parte en los acuerdos y votaciones, y que creia que sólo debian pertenecer á la Asociación las residentes en Madrid, pudiendo considerarse á las que habitasen en provincias como socias corresponsales; esta modificacion fué admitida, y así quedó constituido el artículo. El 2.º trataba de la forma en que ha de estar organizada la Junta directiva, y fué aprobado sin discusion. El 3.º no

ofreció tampoco ninguna objecion. Trataba el art. 4.º de la cuota mensual, que se fijaba en 50 céntimos; alguna señorita dijo que siendo esta una cantidad en extremo exigua, podia señalarse una peseta; pero pareció más oportuno que subsistiera la primitiva idea, teniendo en cuenta las diversas situaciones en que pueden encontrarse las socias. El art. 5.º indicaba que los fondos no necesarios para socorros se destinarian á la compra de material; la señorita Ginés expuso que no la parecia esto oportuno, porque si la Asociación para la enseñanza de la mujer les cedia para sus reuniones el local y cuanto pudieran necesitar, no veia la precision de proporcionarse material, y que debiera ese sobrante dedicarse á fines de otra especie, empleándose segun lo exigiesen las circunstancias; fué aprobado con esta alteracion. Los arts. 6.º, 7.º, 8.º y 9.º, no tuvieron impugnacion de ningun género.

Quedó, pues, el Reglamento aprobado con las modificaciones indicadas, y se procedió inmediatamente á la eleccion de la Junta directiva, siendo proclamado Presidente honorario por unanimidad el Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo. Se acordó que no pudiesen formar parte de la mencionada Junta las señoras ó señoritas que tuvieran cargo oficial en la Asociación para la enseñanza de la mujer, para que de este modo pudiesen las nombradas dedicarse más detenidamente á su mision. Verificada acto seguido la votacion, quedaron elegidas, por haber obtenido mayoría de votos, como *Vicepresidentas*, la Institutriz señorita doña Matilde del Real y la profesora de Comercio señorita doña Cármén Martin; *Secretaria*, la Institutriz señorita doña Concepcion Saiz; *Tesorera*, la profesora de Comercio señorita Doña Enriqueta Armengol; y *Vocales*, la Institutriz señorita doña Nieves Guibelalde y la profesora de Comercio señorita doña Carolina Gargallo.

Después de lo cual, la señorita doña María Landi hizo constar que si la señora doña Adela Riquelme, profesora de Comercio, hubiera residido en esta corte, le habria dado su voto para una de las vicepresidencias, á lo que se adhirieron las señoritas doña Clementina Albeniz, doña Asuncion Vela, doña Carolina Gargallo, doña Cármén Martin, doña Carlota Mesa, doña Elena Lopez, doña Cármén y doña Francisca Jimenez.

Dióse un voto de gracias á la señorita que habia redactado el Reglamento, doña Clementina Albeniz, que al hacerlo habia dado una nueva prueba de su incondicional apoyo.

Quedó así constituida la Asociación de Institutrices y profesoras de Comercio, y para que constara, se acordó levantara la presente acta la *Secretaria* de las Escuelas de la Asociación para la enseñanza de la mujer, que seria firmada por todas las asistentes al acto, y á las que se considerarian como socias fundadoras de la misma.

Madrid 22 de Enero de 1882.—Manuel Ruiz de

Quevedo.—Matilde del Real.—La Secretaria, Asuncion Vela y Lopez.—Cármén Martin.—Carolina Gargallo.—Enriqueta Armengou.—Concepcion Saiz.—Clementina Albeniz.—Francisca Jimenez.—Anastasia Iribarren.—Cármén Jimenez.—Dolores Xarrié.—Consuelo Menendez.—María Landi.—Concepcion García Martínez.—Josefa Barrera.—Victorina Zurbano.—Luisa Ramirez.—Pastora Martin.—Leandra Aramburu.—Juana de Alzugaray.—Josefa Perez y Fernandez.—Josefa Gonzalez Merino.—Laureana Alonso y Lobo.—Isabel Vili de Cornejo.—Tomasa Lozano y Martinez.—María de las Nieves Guibelalde.—Natividad Martin.

ASOCIACION DE INSTITUTRICES

PROFESORAS DE COMERCIO.

REGLAMENTO.

Esta Asociacion tiene por objeto organizar en un solo cuerpo las dos Escuelas de Institutrices y Profesoras de Comercio á fin de extender y practicar los conocimientos adquiridos, de prestarse mútua ayuda y de proporcionarse colocaciones apropiadas á sus especiales circunstancias y conformes con los fines generales de la Asociacion para la enseñanza de la mujer, y formar además una sociedad de socorros mútuos á la cual puedan recurrir cada una de las sùcias siempre que justifiquen que una verdadera necesidad las obliga á ello. Estos socorros se daran ya en metálico, ya en cualquiera otra forma que la Junta considere conveniente.

Para realizar estos fines queda constituida la Sociedad en la forma que expresan los artículos siguientes:

Artículo 1.º Pertenezerán á la Sociedad todas las señoras Institutrices y Profesoras de Comercio tituladas en Madrid por la Asociacion para la enseñanza de la mujer, y por cuantas Asociaciones á ella equivalentes puedan formarse en provincias, siempre que las profesoras en ellas tituladas residan en esta capital, y considerarse como sùcias correspondientes las que no residan.

Art. 2.º La Junta directiva de la Asociacion la formarán: un presidente honorario: dos vicepresidentas, una de ellas perteneciente á la Escuela de Comercio y otra á la de Institutrices; una secretaria: una tesorera, siendo la una de la Escuela de Institutrices y la otra de la de Comercio, y dos vocales, una de cada escuela.

Art. 3.º Organizada la Junta directiva, ésta nombrará las comisiones necesarias para gestionar las colocaciones de las profesoras de ambas escuelas.

Art. 4.º La cuota mensual que cada sùcia habrá de satisfacer será de 50 céntimos de peseta el mínimo.

Art. 5.º Los fondos que de la cuota de sùcias se reunan y los que por medio de donativos se puedan adquirir, se dedicarán en primer término á socorros mútuos y el resto á los fines que la Asociacion crea necesarios.

Art. 6.º Para extender y practicar los conocimientos adquiridos en las escuelas de la Asociacion para la enseñanza de la mujer, se organizarán reuniones, en las que se discutirán asuntos científicos y comerciales propios de la mujer, por las señoras sùcias, que en caso de duda recurrirán en último término y por escrito al superior criterio de los señores catedráticos de ambas escuelas, ó á personas que con su competencia puedan ilustrarlas, á fin de resolver el tema propuesto.

Art. 7.º Los fondos todos, hasta llegar á reunir la suma de 250 pesetas, estarán en poder de la Tesorera; una vez recaudada esa cantidad, dispondrá la Junta general la colocacion de ella, siempre impuesta á interés.

Art. 8.º En el mes de Diciembre de cada año se reunirá la Junta general para rendir cuentas, reformar el Reglamento, si conveniente fuese, y nombrar nueva Junta directiva.

Siempre que los intereses de la Asociacion lo requieran, podrá la Junta directiva reunirse y convocar á general.

Art. 9.º Todo gasto que exceda de la suma de 100 pesetas, no podrá hacerlo la Junta directiva sin la aprobacion y autorizacion de la general.

Madrid 12 de Febrero de 1882.

El Presidente, Manuel Ruiz de Quevedo.—Las Vicepresidentas: Cármén Martin.—Matilde del Real.—Vocales: Nieves Guibelalde.—Carolina Gargallo.—Tesorera, Enriqueta Armengol.—Secretaria, Concepcion Saiz.—Sùcias: María Landi.—Casilda Mexia.—Asuncion Vela.—Clementina Albeniz.—Francisca Jimenez.—Cármén Jimenez.—Consuelo Menendez.—Josefa Barrera.—Luisa Ramirez.—Victorina Zurbano.—Dolores Xarrié.—Concepcion García Martínez.—Anastasia Iribarren.—Leandra Aramburu.—Pastora Martin.—Josefa Perez.—Juana de Alzugaray.—Josefa Gonzalez Merino.—Laureana Alonso y Lobo.—Isabel Vili de Cornejo.—Tomasa Lozano y Martinez.—Natividad Martin.—Adela Ginés.

MADRID: 1882.

IMPRESA DE G. NAVARRO Y M. PELAEZ.

Juan de Dios, número 1, principal.